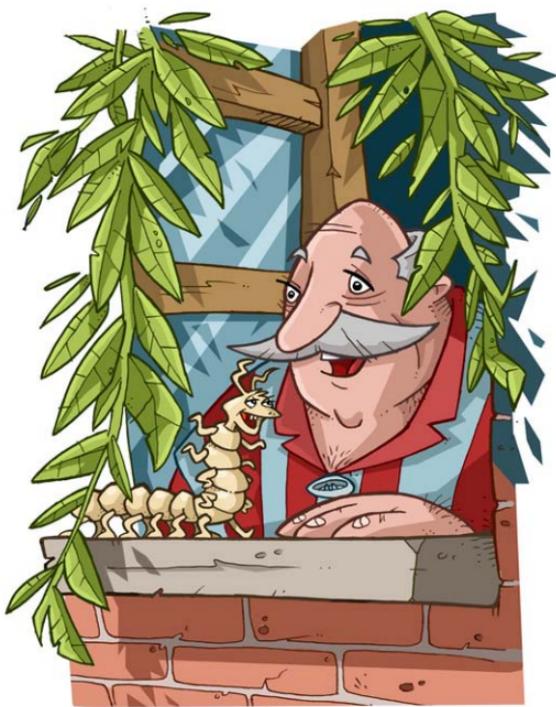


Vuelve el memoriápodo

ANA MARÍA ROMERO YEBRA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Ángel Fernández

Coordina la colección
Equipo Dylar

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación y fotomecánica
copion

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-96485-05-1

© Ana-María Romero Yebra

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es





ANA-MARÍA ROMERO YEBRA

Vuelve *el* *memo-* *riápodo*

 **DYLAR**
ediciones

Ana-María Romero Yebra



Ana-María nació en Madrid, pero en el año 81 se trasladó a Almería, donde realizó tres cursos de cerámica, tras los cuales participó en distintas exposiciones colectivos e individuales por todo España.

En cuanto a la literatura, pronto empezó a participar en jornadas, Encuentros, Talleres, Congresos... todo para fomentar la literatura infantil. Ha publicado una docena de libros en distintos editoriales, ha sido premiado varias veces (el más reciente es el Premio Diputación de Guadalajara, 1994, por su poemario *Mirando esaoparates*).

También colabora con los medios de comunicación almerienses y ejerce como maestra en un barrio marginal de la ciudad en la que vive.

Rellena tu ficha



La autora de Vuelve el memoríapodo se llama
..... y, aunque nació en Madrid, ahora vive en

Su primera afición fue la
..... Y ha realizado varias exposiciones por toda España.

Suele participar en Jornadas, Talleres y Congresos para el
..... de la infantil.

Ha publicado libros y también escribe, como los que recibieron el premio de la Diputación de Guadalajara.

Además, trabaja como.....
..... en Almería.



Se han llevado al abuelo

Javier entró pasillo adelante dando voces y cruzó como un relámpago por delante de su madre, que sujetaba la puerta.

—¡Paso! ¡Paso! ¡Que me hago pis! ¡Que me lo hago!

Y se fue directamente al cuarto de baño. Su hermano Pepito no tenía tanta prisa.

—¡Hola, mami! —saludó dándole un beso—. El papá de Carolina nos ha traído en el coche.

—Sí, ya lo sé. Le dije que os recogiera porque yo tenía muchas cosas que hacer y no podía ir a por vosotros al colegio.

—Su coche verde me gusta mucho. ¡Cómo mola! Es más bonito que el nuestro... Mami... ¿Está la merienda?

—¡Claro! Os he puesto chorizo.

—¡Qué guay! ¡Tengo un hambre...!

Javier salió del baño y recogió la mochila que había dejado tirada en la mitad del pasillo, con las prisas.

—¡Javi! Si te has lavado las manos ya puedes venir a por tu bocadillo.

Javier entró con la mochila en su habitación. Allí estaba María, en pijama y con la bata puesta.

—¡Anda! ¿Se puede saber qué haces en mis dominios? Esto es territorio comanche y los rostros pálidos no deben entrar.

Su hermana no contestó. Miró a Javier con los ojos llorosos y enrojecidos. Estaba, efectivamente, muy pálida y su expresión era de una gran tristeza.

—¿Qué tal tus anginas? ¿Sigues teniendo fiebre?

—No. Estoy mejor. Pero ha dicho mamá que al cole ya no voy hasta el lunes.

—¡Jo! ¡Qué morro, tía! ¡Toda la semana haciendo el vago! ¡Y encima no estás contenta! ¿Qué te pasa que tienes cara de acelga?

—Se han llevado al abuelo.

—¿Qué dices?

María empezó a llorar.

—Que el abuelo se ha ido. Mamá le ha preparado una maleta y una bolsa y papá se ha marchado en el coche con él y con otro señor que ha venido a las cuatro.

—¿Y adónde se han ido?

—A la residencia esa de la que hablaron el otro día. Va a quedarse allí.

—¿Para siempre?

—¡Ay! ¡Yo qué sé! Me han dicho que el domingo iremos a verlo.

—Yo quiero verlo todos los días.

—¡Toma! ¡Y yo! Pero dicen que por ahora es imposible. ¡Vaya manía que han cogido con lo de la residencia!

—Yo creo que la culpa es de mamá, que es una protestona y una miedica. Papá siempre le está diciendo cuando se queja: ¡Claro! ¡Como no es tu padre!

—Sí. Papá no quería, pero el caso es que se lo ha llevado —informó María.

—Por eso os han recogido con Carolina, porque mamá estaba preparándolo todo. Papá ha venido a comer y ella no ha ido hoy a trabajar... Dice que por quedarse

conmigo y darme las medicinas, pero si estaba el abuelo, no sé qué falta me hacía ella...

Javier salió corriendo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde está el abuelo? ¡Yo quiero que siga con nosotros! ¡Mamá!

Su madre salió de la cocina. Pepito también se asomó con su merienda.

—¡No des esos gritos, Javi, que no estoy sorda! —exclamó irritada—. El abuelito ha tenido que marcharse. Está muy enfermo y papá lo ha llevado a una residencia. Bueno, es como una clínica. Allí le atenderán y le curarán. Es un sitio precioso, por la carretera de la sierra. Le encantará vivir allí.

Javier se quedó pensativo. Luego preguntó:

—¿Y no está mejor en casa, con nosotros?

—No, Javi. Necesita buenos médicos y allí los hay.

—¿Es que se va a morir?

—¡No! ¡Qué va! —contestó la madre sonriendo—. ¡Si está sanísimo! Pero ya sabes lo que le pasa...

—¡Bah! ¡Eso son tonterías! ¡Tú también eres una despistada! ¿O es que a ti no se te olvidan las cosas? ¡Si te pasas la vida apuntándolo todo en la agenda esa que tienes!

—No es lo mismo, Javi. El abuelo está mal. ¿No te acuerdas del día que dejó las llaves dentro y no pudisteis entrar hasta que papá y yo volvimos del trabajo? ¿Y aquella tarde que no fue a buscaros al colegio? ¡Menudo susto cuando nos llamó la directora a la empresa! ¡Creímos que le había pasado algo! ¡Y estaba dando un paseo, tan tranquilo!

—Pues mi «seño» se olvida muchas veces las llaves del coche en la clase y tiene que volver a por ellas.

—Que no es igual. ¿No te acuerdas la semana pasada, cuando dejó la comida calentando? ¡Y se marchó al bar de Agapito, a tomar una cerveza! ¡Menos mal que no se prendió fuego la casa! Con él no estamos tranquilos. Algunos días tampoco os ha llamado para ir al colegio...

—¡Mejor! Nos hemos quedado con él y nos lo hemos pasado chupi. ¡Nos ha contado unos cuentos preciosos de la zorra y el lobo! Y uno de un pastor que...

—¡Vale! ¡Basta ya! ¡Merienda, haz los deberes y déjame en paz! ¡Ya hablaremos esta noche, cuando venga tu padre! Él os lo explicará todo...

* * *

La cena no fue muy animada. Los chicos sorbieron la sopa y las lágrimas en silencio, escuchando las razones de su padre.

—El abuelito nos tiene muy preocupados. El médico nos aconsejó que le internáramos porque sus olvidos podían ser peligrosos. Tenéis que daros cuenta de que mamá y yo estamos muchas horas trabajando, vosotros en el colegio y con las últimas cosas que hizo, la verdad es que no podía quedarse solo. El día que dejó la comida en la lumbre pudo arder toda la casa, o explotar el gas. ¿Y cuando fue a buscaros al colegio y dejó la puerta de par en par? Si en lugar de verlo Matías y avisarnos, suben unos ladrones, no tendríamos de nada... Además nos da miedo que se pierda al ir por la calle, o que le ocurra algo con los coches... Es que no se da cuenta de lo que hace.

»Ahora van a tratarle especialistas en estas cosas. Se pondrá bien y volverá a casa. Ya lo veréis.

»La semana que viene —añadió dirigiéndose a la madre— van a hacerle unas pruebas psicológicas y de memoria.

»Seguramente a fin de mes ya tendrán los resultados y empezarán con el tratamiento. Pero me han dicho en «Los Sauces» que estos problemas tienen difícil solución.

—¿Entonces, va a estar allí siempre?
—preguntó María con los ojos llenos de lágrimas.

—No, nena, no. Todos esperamos que se cure. Es todavía joven y un hombre fuerte y sano. Pero no es normal que no recuerde a veces nuestros nombres, ni que tenga esos despistes tan peligrosos. Es necesario curarle. Luego lo tendremos aquí de nuevo... Venga, acabad la cena... El domingo iremos a verle y pasaremos la tarde con él. Seguro que para entonces ya está mucho mejor. Los médicos de allí son estupendos y le cuidan muy bien.

—¿Y por qué no vamos a verle mañana?
—preguntó Pepito.

—Porque está lejos. Hay que ir con el coche y conducir mucho rato. Es un sitio muy bonito, pero está lejos. No podemos ir los días de trabajo, no tenemos tiempo.

—Pues cuando vayamos le llevaré el cuaderno de lenguaje. Hoy me han puesto M-B en todos los ejercicios y él me daba un euro por cada buena nota. Se alegrará de verlo. Y me dará más dinero. Me compraré cromos de futbolistas.

—¡Este niño es tonto! —exclamó María—. ¡A ver si te crees tú que el abuelito está para esas tonterías! ¡Ni se te ocurra pedirle el dinero!

—Yo no pienso ir —aseguró Javi—. No quiero verlo allí. Quiero que esté en casa con nosotros.

Y se puso a llorar desconsoladamente. María y Pepito le imitaron.

—¡Vamos, hijos, vamos! ¡Que no es para tanto! ¡Sólo será una temporadita sin él! Volverá enseguida.

—¿Y quién nos llevará al colegio? —preguntó Pepito.

—Ya hemos arreglado eso —contestó el padre—. Tendréis que levantaros un poco más temprano y antes de marcharnos os dejaremos en casa de Carolina. Iréis con ella cuando la lleven. Y a la salida os traeremos mamá y yo. Ya veremos...

—Los días que no nos dé tiempo a lle-



gar volveréis también con ella pues su padre la recoge siempre cuando vuelve de la oficina.

—¿En el coche verde? —preguntó Pepito.

—¡Claro! En el coche verde que te gusta tanto —aclaró su madre.

—¿Y al cine, quién nos llevará? Dijo que iríamos el sábado si María ya estaba bien de las anginas...

—A mí me tenía que preguntar las tablas para esta evaluación...

—¡Bueno, bueno! ¡Ya solucionaremos todo eso!

—Nos iba a llevar al Zoo porque Javi y yo tenemos que hacer un trabajo sobre los animales salvajes y dijo la «seño» que era mucho mejor verlos al natural que en los libros... Ahora seguro que ya no vamos... Mamá y tú siempre decís que estáis cansados y no tenéis ganas de salir...

—¡Iremos al Zoo el domingo! —dijo la madre.

—¡Bieeeeeen! —gritó Pepito—. Yo quiero ver los monos.

—Marisa, —dijo su marido— el domingo es el día que vamos a «Los Sauces».

—Bueno, es igual. ¡Pues iremos el sábado o el lunes, o el jueves! ¡Y también os llevaré al cine cuando queráis! —exclamó la madre irritada—. ¡A ver si resulta que esta casa no va a funcionar sin el abuelo!

Al momento se arrepintió de haberlo dicho. También a ella le solucionaba muchos problemas. Tendía la ropa que había dejado en la lavadora y la recogía, una vez seca, doblándola cuidadosamente en el cesto de la plancha.

También arreglaba los enchufes y el grifo que goteaba con más habilidad que su marido. Y no tenía ningún inconveniente en ir al supermercado con una lista enorme que ella le había hecho.

Al volver del trabajo los cacharros del desayuno estaban recogidos, las camas hechas, la fruta, la verdura y la carne colocadas en el frigorífico. Y los paquetes de legumbres y las latas perfectamente alineados en la despensa. Sí. Ella también iba a notar la ausencia del abuelo.

* * *

Sole llamó suavemente dos veces a la puerta de la habitación número 211. Luego entró sonriendo con una bandeja.

—¡Hola, Mariano! ¿Qué tal estás hoy?
El hombre miró a la muchacha y contestó:

—Como siempre.

—¡Hay que animarse, hombre! ¡Mira lo que te traigo! Judías verdes con jamón, pollo en salsa y flan de postre. No está mal, ¿eh?

Sole dispuso con habilidad la mesita extensible. Sacando el tablero dejó la bandeja con los platos encima.

Después se acercó al hombre, indiferente a todo, que estaba en el sillón.

—¡Venga! ¡A comer, que está buenísimo!
¿Es que no tienes hambre?

—No —contestó secamente.

—Pues da igual. Debes comer. Y luego una buena siesta. ¿O prefieres darte un paseito por el jardín? Si quieres te acompaño cuando acabemos en la cocina. ¡Hace un día precioso!

Mariano revolvía con el tenedor entre la verdura. No parecía muy entusiasmado.

—¿Vienen hoy a verte? —preguntó la chica.

—No lo sé.

Contestó mirando hacia el plato. Parecía molestarle la conversación.

—Ya veo que no tienes ganas de hablar. Volveré luego a recoger esto. Y quiero ver los platos vacíos... ¿Me has oído?

—Adiós, Sole.

Cerró la puerta despacio después de echarle una última mirada. Le daba mucha lástima Mariano, metido allí desde hacía tres semanas. A pesar de sus años era aún fuerte, vigoroso, aparentaba estar lleno de energía. Y entre aquellas cuatro paredes parecía consumirse, empeñándose en no salir de la habitación. Rechazaba la compañía de otros residentes y se negaba a bajar al comedor con ellos. Nunca le había visto jugando a las cartas, ni al dominó, ni en la cafetería charlando con ninguno, ni con las mujeres.

Sólo con ella, de vez en cuando, hablaba un poco. Sole le animaba constantemente, le subía el periódico o le ponía la televisión que estaba en su cuarto.

Pero Mariano permanecía indiferente a todo. Y se pasaba mirando por la ventana las horas muertas.

Sin embargo no se vivía mal en «Los

Sauces». El personal trataba por todos los medios de hacerle la vida agradable a los ancianos, y ellos se sentían felices y bien atendidos.

Por eso la tristeza de Mariano le dolía a Sole. Le había visto sonreír únicamente la tarde que su familia vino a verle. Eran un matrimonio joven, con una niña y dos chicos. Su hijo había vuelto otras veces, pero solo, a acompañarle durante la cena o hablar con el médico. Sabía que era él porque se parecía mucho a Mariano, aunque era más alto.

A la media hora Sole volvió a asomar por la puerta su cara sonriente, sin entrar.

—¿Has terminado, Mariano?

—Sí.

—Bueno, entonces me lo llevo —dijo entrando resuelta.

Los platos estaban casi como los dejó.

—¿Y a esto le llamas tú terminar? Si los llevo a la cocina así, me despiden.

—No tengo hambre.

—Anda, anda, cómete el flan por lo menos. ¡Pues sí que vas a ponerte tú bien! ¡Cualquier día se te caerán los pantalos



nes por ahí y darás el espectáculo! ¿No ves lo que estás adelgazando? ¡Claro! ¡Si no pruebas bocado!

Ante su insistencia, Mariano volvió a comer flan, del que sólo faltaban dos cucharaditas.

—¡Eso está mejor! ¡Ay, Mariano! ¡Qué disgustos me das! ¿Es que te tratamos mal en la «resi»?

Mariano negó con la cabeza.

—Fíjate en Antonio, lleva aquí dieciocho años. Según me han dicho entró al jubilarse y tan contento. En julio cumplirá ochenta y tres. Y Margarita, que ya tiene noventa y cuando se la llevan a casa en Navidades está loquita por volver con nosotros... Y tú, tan joven, aquí, aburrido...

—Si yo tengo que estar aquí ese tiempo, me muero.

—Anda, anda, ya quisieran otros una residencia como «Los Sauces». ¡Con lo que os cuidamos!

»Lo que tienes que hacer —continuó Sole— es relacionarte con los demás en vez de estar en la habitación todo el día... ¡Esto no es una cárcel!

—Pues para mí como si lo fuera...

—Marianico, no digas más tonterías, que esto es de lo mejor. ¿A que estaba riquísimo el flan?

—Sí. Estaba bueno.

—¿Te traigo otro?

—No, no... No tengo gana.

—¿Y un «cafelito»?

—Pues...

—¡Oye! ¡Tengo una idea! ¡Tomamos café juntos en la cafetería y nos damos una vuelta por el jardín, como dos novios!

—No —dijo Mariano tercamente.

—¡Ah! ¿No quieres pagarme un café? Vale... Te invito yo...

—No me apetece salir.

—Pues tú te lo pierdes... Hasta luego —dijo Sole cerrando la puerta tras ella.

Mariano se quedó pensando en aquel torbellino de simpatía y amabilidad que era Sole. Lamentaba ser tan brusco con ella, pero no podía remediarlo.

Se sentía infeliz en aquel lugar. Le parecía ser un trasto viejo que habían arrinconado, que habían quitado de delante...

Sole entró con dos cafés con leche en una bandeja pequeñita.

—¿Creíste que te ibas a librar de mí tan fácilmente? ¡Pues no! ¡Aquí estoy con los cafés!

Un leve destello de alegría se vio en los ojos de Mariano.

—El tuyo es descafeinado —dijo acercándose—. Órdenes del doctor Berenguer, pero está igual de rico. Te sentará bien. ¿Quieres más azúcar?

Mariano negó con la cabeza.

—Tienes que animarte. Al principio siempre cuesta... Ya te acostumbrarás. Yo también estoy recién llegada. Sólo hace un mes que trabajo aquí, pero ya me he acostumbrado.

—Yo no quiero acostumbrarme. Mi familia es lo único que tengo; no voy a estar separado de ella... No sé por qué me han traído a este sitio.

—Estás enfermo, Mariano. En «Los Sauces» tenemos buenos médicos que te están atendiendo muy bien. En un periquete te dejarán como nuevo y volverás a casa.

—¡Ay, sí! ¡A casa! Pero, ¿a qué casa?

Yo ya no tengo casa. Mi hijo se empeñó en que dejara el pueblo y me viniera con ellos cuando murió mi mujer.

Sole preguntó interesada:

—¿De dónde eres, Mariano?

El hombre no contestó y la muchacha volvió a insistir.

—Te pregunto que cuál es tu pueblo... Yo soy de Manganeses, de la provincia de Zamora... Allí tengo a mis padres y dos hermanos que malviven del campo, pero yo quería trabajar en otra cosa y me salió esto. Tengo un contrato sólo de seis meses, pero seguro que podré quedarme más tiempo. ¿De dónde eres, Mariano? —volvió a preguntar.

—No lo sé... No me acuerdo. Es un pueblo antiguo, con unas casas de piedra con escudos y otras encaladas... La mía estaba cerca de la plaza... Pero, es curioso, no sé el nombre de mi pueblo... Es que se me olvidan algunas cosas —aclaró un poco azorado.

—¿Y tu mujer? ¿Cómo se llamaba?

—María. A mi nieta le pusieron como ella.

—¿Y los otros nietos, cómo se llaman?

—Pues... Pepito... Eso es, ¡Pepito! Y el otro... No lo sé... Nació con María; son mellizos. Pero su nombre se me ha olvidado.

—Bueno, ya me lo dirás cuando te acuerdes, o si no, se lo preguntaré yo un día que vengan... Son muy guapos los tres, igual que tu hijo... Se parece mucho a ti... ¿Has acabado el café?

—Sí, sí.

—Me voy entonces —dijo Sole poniendo las tazas en la bandeja—. Tengo que ayudar en la cocina y la jefa me echará la bronca si me retraso.

